

Autor: Carolina Fábregas Solsona, Marcela Ospital. – Círculo Psicoanalítico

Freudiano

Título: No te muevas

Dispositivo: Mesas Simultáneas de Trabajos Libres

Este trabajo surgió a partir de un grupo de investigación que se proponía abordar el concepto de pasividad femenina, teorizado por Freud fundamentalmente en los textos posteriores a 1930.

Fue tratando de situar este término que vino a nuestra memoria un film de origen italiano del año 2003: **“NON TI MUOVERE”** (No te muevas) Titulado para nuestro país, **Un loco amor** (dirigido por Sergio Castellitto)

Así, se nos impuso, al intentar realizar la sinopsis de la película, una modalidad de relato a la manera de un recorte clínico, centrándonos en uno de sus personajes. Trataremos de esta forma, de abordar una lectura posible con el psicoanálisis, del material que nos ofrece el artista.

La obra nos llevó a plantearnos acerca de las articulaciones de los términos: pasividad femenina y masoquismo, como así también a interrogarnos sobre el concepto de goce sacrificial.

Compartamos el relato:

La historia muestra en una primera escena a un cirujano exitoso y próspero, Timoteo, que se enfrenta ante la fatalidad de recibir a su hija de 15 años, gravemente herida en un accidente, debatiéndose entre la vida y la muerte. Este es el telón de fondo en el cual retorna la imagen de aquel loco amor: La ventana del hospital da marco a la aparición de una muchacha, que se sienta a esperar en los jardines.

Fue precisamente algo más de 15 años atrás, que este hombre recala por azar en un barrio marginal. Allí la casa de una muchacha hija de inmigrantes albaneses, a quien pusieron por nombre Italia. Hay pocas palabras, solo desenfreno, violencia y pasión. Es en este escenario donde esta mujer es violada por el señor de traje elegante. Ella hace el intento de resistirse pero como no puede moverse se queda quieta.

Timoteo vuelve, pocos días después y pide disculpas. Ella se acerca, lo mira a los ojos, no parece temerle, y prácticamente desestima sus excusas.

Los encuentros con Italia en ese vecindario miserable siguen sucediéndose. Ella se deja hacer. Como se dejó violar sin resistirse, también se deja enamorar. Lo espera en su casa humilde, comen su humilde comida, copulan. Hay pocas palabras. Su chance es la de ser objeto de su pasión, y también de su egoísmo y de su crueldad, las cuales casi inadvertidamente irán dando lugar a la ternura, y al descubrimiento en ambos de algo de otro orden: Los ojos de él se suspenden extasiados en la contemplación del rostro de una mujer que goza sexualmente, al parecer, por primera vez. “Abrázame, ven una vez a la semana, una vez al mes, una vez al año, pero abrázame”, será la única demanda de ella.

Italia está embarazada: él la lleva al médico, él la deja internada, él la lleva a hacerse un aborto, él le dice que no la mete ahí ni loco. El la lleva a su casa, y ahí le pregunta por la única foto que ella tiene, es un hombre joven: su padre.

Es en esa misma escena, poblada de ternura, donde Italia le contará un recuerdo: Ella tendría 12 o 13 años, y pasaba por el puesto de un mercader donde había un vestido al que miraba y le gustaba. El vendedor le dice que se lo pruebe, insiste: “anda pruébate, que probarse es gratis”. Este hombre la manosea, abusando de ella, no sin decirle: “no se lo cuentes a nadie”. Italia obedece, hasta ese día en que se lo revela a Timoteo. Y agrega: “Como no podía moverme me quede quieta”.

La esposa del médico también está embarazada, y es cuando Italia se entera de esto que decide, silenciosamente, abortar con los gitanos su propio embarazo.

Cuando él vuelve, ella entre, la locura, el odio y un desenfrenado éxtasis de dolor, le comunica su aborto. Es en ese momento que le revela que el hombre del vestido era su padre. Y agrega: “no hubiera sido una buena madre”.

Dejan de encontrarse.

Una tarde de lluvia: El doctor camina junto a su esposa a punto de dar a luz. Del otro lado de la calle, probablemente por azar, está Italia contemplando la

escena. Calla otra vez y desaparece. Timoteo corre en su búsqueda. Lloran, se miran, hacen el amor bajo la lluvia torrencial.

Cuando vuelve en su búsqueda una vez más, apenas nacida su hija, se encuentra con que es ella quien se va; vuelve a su pueblo. El le suplica “No te muevas, si te mueves mi mundo se derrumba”.

Mientras Timoteo la lleva de regreso al pueblo, precisamente en el tiempo del alumbramiento que no fue, es que Italia da signos de que se muere víctima de un proceso infeccioso producido por el aborto séptico. Él trata inútilmente de salvarla en el quirófano, pero es tarde.

Paga su entierro en el cementerio de un poblado que no es el suyo, bajo una lápida en la que sólo se inscribe su nombre.

¿Cómo pensar este encuentro azaroso de Italia con quien será su partenaire sexual, y con el que se jugará de entrada, la repetición de un elemento traumático, ya acontecido en la vida de esta muchacha? Consideremos que el episodio del vestido transcurre en el tiempo en que ella está descubriendo en el espejo los atributos de su feminidad. En ese momento se inscribe a la vez algo de lo erótico y de su modalidad de goce.

Ante la irrupción avasallante, arrolladora de este hombre, ella responde en acto según el texto de aquella frase que revelará mas adelante: “Como no podía moverme me quedé quieta”. Italia queda atrapada en su enunciación.

Del imperativo que le viene del Otro: “No te muevas”, ella toma una posición subjetiva que comandará su lugar en el fantasma.

Esta quietud que rastreamos y en la que ella persevera, ¿a qué nos remite? ¿De esto se trata la pasividad femenina de la que nos habla Freud? ¿O es acaso una posición masoquista?

Pensemos que lo activo y lo pasivo no son calificativos de lo masculino y lo femenino, sino modalidades de goce que dan forma a la diferencia de los sexos, para un inconsciente cuyo único símbolo es el falo. La vía pasiva consiste en hacerse el objeto del deseo del Otro: identificación con el ser, por oposición al tener. Este “hacerse” nos muestra lo que ya nos anticipara Freud: la actividad que implica esta pasividad. Si bien en la posición masoquista,

también encontramos un hacerse el objeto se trata de un objeto de desecho, donde la muerte o su proximidad son condición para la excitación sexual.

No creemos que se trate de esto último. Por un tiempo, ella habitará un lugar distinto, en el que encuentra el amor, identificándose al objeto como causa. Esto permitirá al goce condescender al deseo. Pero de un sueño se despierta. Italia se mueve: Opta por interrumpir su embarazo de la peor forma posible, lo que signará su muerte, significativamente en el tiempo del alumbramiento.

Podemos servirnos de este personaje para poder situar la pasividad en dos dimensiones: Por un lado, en torno al partenaire sexual, donde Italia funciona como causa de deseo y por otro, como una posición subjetiva que denotaría la fijeza fantasmática y que se desliza hacia la quietud.

Tomando esta última dimensión es que pensamos que ella queda retenida en este lugar al que la convoca la demanda, llevándola al sacrificio. Su cuerpo quieto continuará obturando la falta en el Otro, al que sostiene.

Para terminar se nos plantea una pregunta: ¿Podríamos pensar que algunos movimientos, al mismo tiempo que liberan, paradójicamente, retornan al sujeto a un estado de quietud?